

XIV Putin sopesa una posible escalada militar en Europa

JUAN CARLOS TELLECHEA

El ataque a Ucrania y la militarización de la política exterior e interior de Rusia están pasando por una peligrosa prueba de estrés, ante la realidad pura y dura, para la reforma militar y legitimidad del régimen de Vladimir Putin. Desde la perspectiva de [China](#), que sigue muy atentamente los acontecimientos, esta "guerra de lobos" que libra Rusia en [Ucrania](#) no hace más que llevar agua a su molino, poniendo al desnudo los límites de Moscú. La política exterior china, que había apostado muy fuerte contra Occidente, se enfrenta ahora a un descalabro.



[Fuente: Elaboración propia. Gráfico: Adriana Exeni]

Ucrania y Europa Oriental
© 2022 by Política Exterior

Confianto en las enseñanzas del marxismo-leninismo, según las cuales Occidente está en un declive histórico-mundial, [Xi Jinping](#) había subestimado erróneamente la fuerza del adversario del sistema. Desde la guerra de Ucrania a más tardar, la resistencia y la resiliencia están a la orden del día en Estados Unidos y Europa.

Rusia le resulta útil a China

Sin embargo, aunque Rusia está debilitada por la guerra de agresión en Ucrania, sigue siendo útil para China que continúa trabajando ahincadamente para cambiar el equilibrio del poder mundial. Un Xi fortalecido y un Putin debilitado, emanaron en septiembre pasado de la conferencia de jefes de estado y de gobierno de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), celebrada en Samarcanda (Uzbekistán).

Las grandes cumbres internacionales permiten siempre intercambios en los que se pone de manifiesto el valor de mercado de los participantes. Putin pudo experimentarlo en Samarcanda. En lugar de aparecer ante sus socios euroasiáticos más cercanos como un radiante vencedor que ha sometido a la revoltosa Ucrania y ha dado una lección al debilitado Occidente, el gobernante del Kremlin tuvo que soportar varias humillaciones públicas a la vez.

Militarización

La decisión de Moscú de invadir Ucrania el 24 de febrero de 2022 culmina de nuevo la tendencia a la militarización de la política exterior rusa que se viene observando desde 2008. Al mismo tiempo, la guerra deja al descubierto las debilidades de la reforma de las fuerzas armadas iniciada en aquel mismo año. Las elevadas pérdidas del ejército limitan la capacidad de proyección del poder militar de Rusia, por ejemplo en Siria y en otros conflictos.

Además, los reveses militares y la movilización parcial ejercen presión sobre un importante pilar de la legitimidad del régimen. Desde 2008, se observa un aumento de la importancia de los medios militares en la caja de herramientas de la política exterior rusa, afirma la politóloga Dra [Margarete Klein](#), en un nuevo estudio de la Fundación Ciencia y Política ([SWP](#)), el gabinete estratégico que asesora al gobierno y al parlamento federal de Alemania.

La afirmación con éxito de los intereses nacionales está cada vez más vinculada a la amenaza creíble de la fuerza militar ("diplomacia coercitiva") o al uso del poder militar. La guerra contra Georgia (2008), la anexión forzosa de Crimea (2014), así como la desestabilización del Donbás, la intervención en Siria (2015) y el uso de grupos mercenarios en Libia, Mali y la República Centroafricana dan fe de ello, señala Klein en un artículo titulado *El ataque a Ucrania y la militarización de la política exterior e interior rusa*.

Como resultado de estas operaciones, Moscú no solo pudo hacer valer sus intereses contra o dentro de los países afectados, sino también ampliar su influencia en Oriente Medio y África. Además, la amenaza creíble de una escalada militar ha tenido un efecto disuasorio, por ejemplo, sobre las ambiciones de Georgia y Ucrania en la OTAN.

La militarización de la política exterior también se refleja en la política interior. Por ejemplo, la proporción del gasto en defensa y armamento en el producto interior bruto pasó del 3,1% en 2008 al 4,1% en 2021. Con una cuota [del 10,6% del presupuesto](#) total (2020), la modernización militar goza claramente de prioridad sobre el gasto social, por ejemplo en educación y sanidad. Además, la [militarización de la política educativa e histórica](#) desempeña un papel importante en la legitimación del sistema autoritario.

La reforma militar rusa, a prueba ante la realidad

La nueva invasión de Ucrania el 24 de febrero de 2022 continuó la tendencia hacia la militarización de la política exterior, pero al mismo tiempo representó una etapa cualitativamente nueva. Hasta entonces, todas las intervenciones militares de Rusia habían sido limitadas, ya fuera temporalmente, como la Guerra de los Cinco Días contra Georgia, o funcionalmente, como la intervención en Siria, que se limitó a la fuerza aérea y la policía militar, así como a grupos de mercenarios. En cambio, el ataque de febrero de 2022 contra Ucrania fue el primer esfuerzo bélico a gran escala de Rusia contra un país grande.

Precisamente por ello, se trata de la primera auténtica prueba ante la realidad para el

programa de modernización militar de Rusia. No solo revela déficits en la planificación y ejecución de la invasión, sino [también debilidades estructurales](#) en el programa de reforma militar.

Este programa se puso en marcha en 2008, tras la guerra de Georgia, y su objetivo era transformar las fuerzas armadas rusas de un ejército de movilización anticuado y tradicional en un [ejército operativo moderno](#). Debía abarcar toda la gama de operaciones militares posibles, desde la lucha contra las amenazas transnacionales hasta la guerra regional.

La reforma se inscribía en el debate que se venía manteniendo desde principios de la década de 2000 sobre qué caracteriza a las guerras modernas y para qué tipo de guerra debe prepararse Rusia. En pocas palabras, dos modelos interrelacionados de guerra moderna ocuparon el primer plano de este debate.

El "[nuevo tipo de guerra](#)" se basa en una comprensión holística de la guerra. En las primeras fases, no militares, el objetivo es debilitar al adversario mediante "medidas activas" como la desinformación y la subversión en el sentido de "guerra mental". En cuanto la guerra pasa a la fase militar, no solo se utilizan soldados regulares, sino también actores violentos irregulares que actúan en estrecha coordinación con la cúpula militar. Como resultado, Moscú amplió considerablemente su reserva de estos llamados *proxies* (apoderados). Además de las asociaciones de voluntarios, incluyen sobre todo las empresas militares privadas como "Wagner", que todavía hoy son formalmente ilegales.

El segundo principio rector de la reforma militar rusa es la "[guerra de 6ª generación](#)", llamada asimismo "guerra sin contacto", que también domina el debate sobre las fases militares finales del nuevo tipo de guerra. Detrás está la idea de que en el futuro las operaciones militares -como la intervención estadounidense en Irak en 2003- se librarán a grandes distancias con un uso especial de los sistemas más modernos, sobre todo aéreos y espaciales.

En términos del nuevo tipo de guerra, la invasión de Ucrania el 24 de febrero de 2022 puede entenderse como una consecuencia del fracaso de los medios no militares de ejercer influencia por adelantado. Los intentos de atraer al bando ruso a parte de las fuerzas armadas y la población ucranianas mediante la desinformación y la subversión habían sido en gran medida infructuosos. Cuando se tomó la decisión de intervenir de nuevo, esta vez abierta y masivamente, la planificación se basó obviamente en un reconocimiento estratégico defectuoso. Suponía que las fuerzas armadas ucranianas eran débiles y que la dirección política de Kiev se derrumbaría rápidamente.

Sin embargo, en el transcurso de la guerra se puso de manifiesto que las fuerzas armadas rusas tenían enormes dificultades para poner en práctica los elementos básicos de la guerra de sexta generación. Aunque oficialmente se afirmó que la proporción de armas "modernas" en el arsenal total superaría [el 70%](#) en 2020, y los éxitos de la modernización se presentaron en ferias y desfiles de armas con gran repercusión mediática.

Sin embargo, bastantes de los nuevos sistemas, como el carro de combate principal T-14 Armata y el avión de combate Su-57, aún no han entrado en producción en serie. Más

problemático que los retrasos en la producción de sistemas individuales es el insuficiente grado de digitalización de los sistemas de mando, reconocimiento y comunicación de las fuerzas armadas rusas.

Los [informes procedentes](#) del frente muestran que los soldados rusos utilizaban [atlas de carreteras](#) de la era soviética en lugar de mapas digitales o tenían que recurrir a [conexiones abiertas](#) de telefonía móvil debido a la falta de sistemas de comunicación cifrados. A los tanques abandonados les faltaban componentes electrónicos importantes. Probablemente sea también consecuencia de la corrupción endémica en las fuerzas armadas.

El bajo nivel de interconexión digital de las fuerzas armadas rusas dificulta el trabajo coordinado de la fuerza aérea, la defensa antiaérea, la artillería y las unidades de infantería. Como resultado, las fuerzas armadas rusas no consiguieron controlar el espacio aéreo de Ucrania, tal y como se preveía en el concepto de la guerra de sexta generación.

Además, existen problemas de coordinación entre las fuerzas regulares y los *proxies*. Dado que los grupos de combate de los batallones, que [solo contaban con un 75% de efectivos](#), carecían sobre todo de unidades de infantería, los grupos mercenarios y los guardias nacionales asumieron a menudo sus tareas. Entre estos últimos se encuentra el llamado Kadyrovtsy, una especie de ejército privado del gobernante checheno Ramzan Kadyrov, aunque formalmente subordinado a la Guardia Nacional.

La guerra también reveló que el nivel real de formación y profesionalización de las fuerzas armadas rusas era mucho menor que [sobre el papel](#). Las fuerzas armadas rusas han aumentado masivamente el número, la frecuencia, el alcance y la complejidad de las grandes maniobras militares desde 2008. Sin embargo, los soldados desplegados en Ucrania informan de que, especialmente en los grupos de combate de los batallones, el [adiestramiento fue demasiado escaso](#), demasiado breve o, a veces, solo para sacarse una foto.

Esto también socava los esfuerzos de profesionalización de las fuerzas armadas rusas, que a primera vista parecen un éxito. Mientras que en 2008 el Ministerio de Defensa había previsto contar con 124.000 soldados contratados, los llamados *kontraktniki*, según cifras oficiales, esta cifra ya se había elevado a [405.000](#) para 2020.

Sin embargo, el mero número tiene poca importancia para la reserva real de soldados temporales bien entrenados y desplegados, que no solo son esenciales para operar sistemas de armas complejos, sino también, como suboficiales en los ejércitos occidentales, para mantener la disciplina.

El programa ruso de formación de suboficiales profesionales había fracasado debido a la persistencia de la cultura militar tradicional, que no está orientada a delegar el liderazgo militar más allá del cuerpo de oficiales. Como resultado, la invasión de Ucrania se caracterizó a menudo más por el caos ([bardak](#)) y la dejadez ([rasgildiatstwo](#)) que por la aplicación eficiente de los conceptos modernos de la guerra.

Pérdidas materiales y estrategias de indemnización

La medida en que los dirigentes rusos puedan seguir confiando de forma creíble en las amenazas militares o en el uso del poder para hacer valer sus intereses de política exterior dependerá decisivamente de si consiguen compensar las pérdidas materiales y de personal de las fuerzas armadas del país. Esto es tanto más cierto cuanto que la guerra contra Ucrania se convierte en una prolongada guerra de desgaste.

Según el sitio web de análisis independiente [Oryx](#), que solo contabiliza las pérdidas en las categorías de armas pesadas documentadas por imágenes, el ejército ruso perdió 1.541 carros de combate, 1.814 vehículos de combate de infantería, 66 aviones de combate, 72 helicópteros y 12 buques hasta el 6 de diciembre de 2022. Las cifras del [Ministerio de Defensa ucraniano](#) para el mismo periodo son significativamente superiores.

Las pérdidas materiales varían en gravedad. El material de algunas categorías puede sustituirse rápidamente, ya que las capacidades de producción industrial no se ven afectadas por las sanciones o se dispone de existencias. Esto es especialmente cierto en el caso de los sistemas de artillería y munición, así como de los vehículos blindados.

Más difíciles de sustituir son los sistemas modernos cuya producción y mantenimiento dependen de componentes cuya exportación ha sido sancionada por la [UE y Estados Unidos](#). Los dirigentes moscovitas recurren ahora a una mezcla de sustitución de importaciones, movilización económica y evasión de sanciones. La primera es la parte más débil de la estrategia de compensación, debido a la base industrial de Rusia, poco propicia a la innovación.

[Ya después de 2014](#), Moscú solo había conseguido sustituir con éxito estos bienes en siete de sus 127 categorías. La creciente movilización de la economía en favor de la industria armamentística no puede cambiar fundamentalmente esta situación, aunque los productores de armas y equipos militares tengan ahora acceso prioritario a categorías raras de bienes. Las posibilidades de obtener material de defensa del extranjero se ven limitadas por las sanciones occidentales y las reticencias de países proveedores potenciales como China. Las únicas excepciones hasta ahora son Bielorrusia e [Irán, que suministra drones a Rusia](#).

De la "movilización silenciosa" a la movilización parcial

Las pérdidas de personal de las fuerzas armadas rusas también son elevadas. El ministro de Defensa, Sergei Shoygu, anunció el 21 de septiembre de 2022 que habían [caído 5.937 soldados](#) rusos. Pero el 25 de noviembre de 2022, el Servicio Ruso de la BBC y la empresa de medios de comunicación independiente rusa Mediazona ya habían identificado por su nombre a [9.311 soldados rusos caídos](#). Suponen que el número de caídos es el doble, es decir, unos 20.000, y que en total han caído, han sido heridos y son prisioneros de guerra 84.000 soldados rusos. Esto correspondería a una tasa de déficit del 44% de la fuerza de invasión, que en febrero de 2022 contaba con unos [190.000 soldados](#), o alrededor del 10% del total de las fuerzas armadas rusas.

Para cubrir las carencias de personal, los dirigentes rusos intentaron inicialmente movilizarse "discretamente" a partir de finales de la primavera de 2022, es decir, reclutar soldados y mercenarios mediante contratos temporales a corto plazo con elevados

incentivos monetarios. Para ello, el Kremlin se sirvió tanto de los líderes regionales como de los *proxies*.

Así, los súbditos de la federación recibieron instrucciones de crear un "[batallón de voluntarios](#)" regional de unos 400 hombres cada uno. Además, [empresas militares privadas](#) como Wagner o Redout reclutaban específicamente a hombres con experiencia de combate. Los anuncios de trabajo compartidos en los canales de Telegram ofrecían una remuneración varias veces superior a la habitual.

La gran demanda de personal en las fuerzas armadas rusas puede apreciarse en varios indicios. En el verano de 2022, por ejemplo, el [límite de edad para los soldados temporales](#) se elevó por encima de la edad máxima de 40 años aplicable anteriormente hasta el final de la edad laboral. Además, [a Wagner se le permitía reclutar "voluntarios"](#) incluso en las prisiones. [Además, para los kontraktniki extranjeros](#) que sirvan al menos un año en las fuerzas armadas rusas, en septiembre de 2022 se estableció como incentivo la posibilidad de adquirir aceleradamente la ciudadanía rusa. Esta última se dirige principalmente a los inmigrantes de Asia Central.

La exitosa contraofensiva ucraniana en el noreste, cerca de Kharkiv, en agosto de 2022, demostró de forma impresionante que la movilización silenciosa no bastaba por sí sola para cubrir las carencias de personal. En consecuencia, el Presidente Putin convocó una [movilización parcial](#) el 21 de septiembre de 2022. Antes de que se suspendiera el 31 de octubre de 2022, se había llamado a filas a [318.000 reservistas](#), según cifras oficiales.

Tras la anexión de los cuatro *oblasts* ucranianos de Donetsk, Luhansk, Zaporizhzhya y Kherson, proclamada por Moscú paralelamente a la movilización parcial, ahora los reclutas también pueden ser desplegados para su "defensa" en Ucrania. El término "defensa" abarca tanto la defensa contra los intentos ucranianos de liberación como la captura ofensiva de las partes de las cuatro regiones aún no conquistadas por Rusia.

Ni la posible utilización de reclutas ni la movilización de reservistas aumentarán a corto plazo la fuerza de combate de las fuerzas armadas rusas. Es cierto que teóricamente tienen a su disposición una reserva de alrededor de [1,6 millones de hombres](#) que han servido como reclutas y soldados regulares en los últimos cinco años o que tienen "experiencia militar", por ejemplo, por haber realizado cursos paramilitares.

Pero no es lo mismo que una reserva activa, donde los reservistas participan regularmente en ejercicios. En los cinco años siguientes a su salida de las fuerzas armadas, solo el 10% de los antiguos reclutas reciben formación de reciclaje. Según la información filtrada, solo estaba previsto un curso de tres semanas para los reservistas convocados a partir de septiembre de 2022, que no pocas veces era [mucho más corto](#).

Esto demuestra que los dirigentes rusos se esfuerzan actualmente sobre todo por cubrir las carencias de personal de forma puramente cuantitativa para que las fuerzas armadas rusas en Ucrania no retrocedan más. La prohibición de que los *kontraktniki* rescindan sus contratos antes de la finalización de la "operación militar especial", que está anclada en el decreto de movilización parcial, también puede considerarse una medida de emergencia en

este sentido.

Es cierto que así se garantiza que puedan desplegarse indefinidamente precisamente aquellos soldados que, como especialistas en el manejo de complejos sistemas de armas, son difíciles de sustituir. Sin embargo, tras meses de combate, es probable que su preparación para el despliegue disminuya considerablemente.

El beneficio militar del decreto de Putin es, por tanto, bajo a corto plazo, pero el riesgo de costes militares resultantes es alto. En el futuro, será mucho más difícil reclutar a nuevos *kontraktniks* o convencer a los soldados regulares existentes para que prorroguen sus contratos. También es probable que la moral, la cohesión y la preparación operativa de las unidades reforzadas apresuradamente con reservistas sigan siendo bajas.

Es dudoso que los problemas de la precipitada y a menudo improvisada primera ronda de movilización puedan superarse en una nueva oleada de reclutamiento, [como espera el Estado Mayor ucraniano](#) para enero/febrero de 2023. Esto se debe a que faltan las bases organizativas y de personal, es decir, instalaciones de formación e instructores, para una formación más prolongada de los reservistas, o están atadas por el esfuerzo bélico.

El uso de las instalaciones de entrenamiento bielorrusas, acordado a mediados de octubre de 2022, apenas ha influido hasta ahora. Por lo tanto, es de esperar que la invasión de Ucrania continúe aún más que antes con conceptos de guerra anticuados, basados principalmente en las masas. Esto reduciría aún más la relevancia práctica del proyecto de reforma de 2008.

Margen de maniobra militar exterior limitado

Las pérdidas de material y personal de Rusia y las dificultades para compensarlas limitan la capacidad del Kremlin a corto y medio plazo para hacer valer sus intereses de política exterior como antes, amenazando con la fuerza militar o desplegando fuerzas armadas convencionales, así como mediante el incentivo de la cooperación militar. Es probable que Moscú tenga problemas sobre todo para llevar a cabo nuevas misiones intensivas en personal y material y para realizar operaciones que dependan de unidades de despliegue rápido o de la Flota del Mar Negro.

Según cifras estadounidenses, más del 85% de las unidades desplegables están ahora inmovilizadas en Ucrania, y las tropas aerotransportadas y los infantes de marina, en particular, sufren pérdidas [desproporcionadamente elevadas](#). La Flota del Mar Negro, por su parte, ha perdido varios buques, entre ellos el crucero de misiles "Moskva", y además apenas le queda espacio de maniobra fuera del Mar Negro debido al acceso restringido a través de los Dardanelos.

Es probable que esto reduzca las capacidades de proyección de poder de Moscú en Oriente Medio y el Norte de África (MENA). Sin duda, cabe esperar que Rusia continúe su despliegue en Siria. Al mismo tiempo, debe tratar de evitar la escalada y mantener su presencia con personal reducido, especialmente apoderados.

La guerra también está socavando los esfuerzos de Moscú por ampliar su influencia política en la región de Oriente Medio y Norte de África, África y Asia mediante la ayuda a la formación y la venta de armas. No solo está disminuyendo la confianza en la eficacia de los sistemas de armamento rusos, sino también en [la fiabilidad de las entregas](#), habida cuenta de la elevada demanda de la propia Rusia. Prueba de ello es que se prevé que [las exportaciones de armas rusas](#) se [reduzcan en un 40% entre 2021 y 2022](#).

También en el espacio postsoviético, el ejército está sufriendo presiones como pilar de la política hegemónica rusa, cada vez más importante para el Kremlin debido a la menguante dependencia económica de muchos países respecto a Rusia. Moscú no puede reducir su presencia de tropas en [Armenia](#), [Kirguistán](#) y [Tayikistán](#), así como en los territorios secesionistas de [Abjasia](#), [Osetia del Sur](#), [Transnistria](#) y [Nagorno Karabaj](#), sin frustrar su propia pretensión de actuar como garante de la seguridad en la región.

Al mismo tiempo, disminuye la capacidad de reacción ante las crisis. Hasta enero de 2022, Moscú había intervenido en Kazajistán bajo el paraguas de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Pero cuando los enfrentamientos entre Armenia y Azerbaiyán volvieron a [recrudescerse en septiembre de 2022](#) y las tensiones entre [Kirguistán y Tayikistán](#) se intensificaron poco después, el Kremlin evitó una mayor implicación militar. En consecuencia, la OTSC, dominada por Moscú, [está perdiendo importancia rápidamente](#).

Guerra y legitimidad del régimen

El curso de la guerra no solo limita el margen de maniobra de Rusia en política exterior. También amenaza con erosionar la estrategia de legitimidad establecida del régimen de Putin.

Durante los dos primeros mandatos de Putin, el contrato social no escrito se basaba en la promesa de estabilidad y prosperidad económica a cambio de lealtad política o apatía. Cuando este modelo empezó a tambalearse, a partir de la crisis económica y financiera de 2009, el Kremlin pasó a escenificar la política de gran potencia rusa para compensar.

La demostración de los éxitos militares desempeñó un papel clave en ello. Los efectos quedaron impresionantemente evidenciado tras la anexión de Crimea, cuando los índices de aprobación del presidente Putin [subieron del 61% en noviembre de 2013 al 88%](#) en octubre de 2014.

Paralelamente, creció el prestigio de las fuerzas armadas entre la población, que había sufrido masivamente en la década de 1990 debido al impago de las nóminas, el deterioro del material y las elevadas pérdidas de personal, especialmente entre los reclutas en las guerras de Chechenia.

La proporción de quienes valoran positivamente el servicio de un familiar o amigo en las fuerzas armadas pasó del [20% en 2002](#) al [52% en 2020](#). En la última década, las fuerzas armadas siempre han estado entre las tres instituciones en [las que más confían los encuestados](#), junto con el presidente y la Iglesia Ortodoxa.

El [aumento de la popularidad](#) de las fuerzas armadas forma parte de una tendencia más amplia hacia [la militarización de la conciencia](#) en la sociedad rusa. Esto puede verse en la incorporación de elementos patriótico-militares en la política educativa e histórica, así como en el amplio alcance de las victorias militares en el calendario festivo estatal.

En este contexto, la posibilidad de una derrota militar en Ucrania conlleva el riesgo de socavar un pilar central de la estrategia de legitimidad de Putin. Es cierto que la validez de los sondeos de opinión es limitada, debido al mayor endurecimiento de la represión desde febrero de 2022 y a la desaparición casi total de los medios de comunicación libres.

No obstante, se pueden identificar tendencias. Aunque las encuestas siguen mostrando un alto apoyo a las actividades de las fuerzas armadas rusas en Ucrania, éste ya está disminuyendo: [del 80% en marzo de 2022](#) al 74% en noviembre de 2022. Y lo que es más importante, cada vez menos encuestados creen en una conclusión con éxito de la llamada operación militar especial: [en lugar del 68% en abril de 2022](#), solo el 54% en noviembre de 2022.

Resulta especialmente llamativo que los sentimientos negativos y la preocupación individual hayan aumentado significativamente desde la decisión sobre la movilización parcial. [Solo el 23% de los encuestados en octubre de 2022](#) miraba con orgullo los acontecimientos del último mes, mientras que el 47% expresaba ansiedad, miedo y horror, el 23% conmoción y el 13% rabia e indignación. Esto es especialmente cierto entre los encuestados más jóvenes, [con un 58% de jóvenes entre 18 y 24 años](#) que se oponen a la movilización parcial.

Ello todavía no supone una amenaza inmediata para la estabilidad del régimen de Putin. Las protestas iniciales tras la movilización parcial fueron sofocadas por los servicios de seguridad. Aunque la huida de unos [700.000 rusos](#) dificulta la convocatoria de reservistas, también significa a corto plazo que personas potencialmente preparadas para la protesta abandonan el país.

Sin embargo, elementos clave de la anterior estrategia de legitimación del Kremlin están sufriendo presiones. Las elevadas pérdidas y los reveses militares están arañando el nimbo del exitoso restablecimiento de Rusia como gran potencia. Y al llamar a filas a los reservistas, el Kremlin está rompiendo la promesa del contrato social no escrito, según el cual las aventuras militares no tienen un impacto negativo en la vida cotidiana de la población.

Al mismo tiempo, Putin no puede superar los déficits de legitimidad volviendo al *statu quo* anterior, sino todo lo contrario. Las sanciones occidentales y los efectos de la reorientación de los mercados europeos lejos de Rusia en materia de política energética socavan su capacidad de presentar éxitos económicos. Por lo tanto, el Kremlin tiene cada vez más incentivos para continuar la guerra contra Ucrania.

Esto ofrece la posibilidad de justificar las dificultades socioeconómicas y el aumento de la represión política aludiendo a la necesidad de la guerra. [La investigación](#) sobre los sistemas autoritarios demuestra que pueden sobrevivir incluso a guerras largas; solo las derrotas

desastrosas ponen en peligro el régimen. Que Rusia se prepara para una guerra prolongada contra Ucrania lo revela el [proyecto de presupuesto para 2023 y 2024](#), que prevé un aumento masivo del [50%](#) del gasto en defensa y seguridad interior.

Además, se están haciendo preparativos para movilizar la economía con fines bélicos. Los medios de comunicación ucranianos también informan de que se está planeando una segunda movilización de reservistas potencialmente mucho mayor. Para justificar los costes asociados a una guerra prolongada y reducir los riesgos para la estabilidad del régimen, el Kremlin está ampliando el aparato represivo y adaptando la narrativa.

Así, el presidente, el ministro de Defensa y los medios de comunicación dirigidos por el Estado están enmarcando cada vez más la guerra contra Ucrania como una confrontación existencial y al mismo tiempo fatídica con un oponente mucho mayor: el "Occidente colectivo". De este modo, se explican las dificultades militares existentes hasta el momento y se hace jurar a la población la necesidad de una guerra larga y costosa.

Retos para la política alemana y europea

La estrecha interacción entre los procesos de militarización interior y exterior de Rusia no solo tiene consecuencias para su guerra contra Ucrania. También plantea riesgos y peligros para la política alemana y europea, afirma la Dra Margarete Klein de la SWP.

A diferencia de las nuevas operaciones militares de Rusia, la guerra contra Ucrania, que se libra de nuevo desde el 24 de febrero de 2022, repercute en la estabilidad del régimen ruso. Si Rusia pierde la guerra, no solo estará en juego su concepción del papel en política exterior como gran potencia y su reivindicación de una zona de influencia hegemónica en el espacio postsoviético, sino también su anterior estrategia de legitimación interna.

En este contexto, cabe suponer que el Kremlin solo estará dispuesto a entablar negociaciones serias si quiere evitar una desastrosa derrota de sus fuerzas armadas o imponer a Ucrania una paz de rendición. Según la lógica de la legitimidad del régimen ruso, las concesiones sustanciales intermedias no tienen sentido, sino las ofertas de negociación motivadas tácticamente que solo sirven para ganar tiempo a fin de que las fuerzas armadas rusas, agotadas de personal y material, se reagrupen y refuercen.

Es de esperar que Rusia no solo continúe su guerra, sino que la embrutezca aún más para aumentar la presión sobre Ucrania. Los ataques masivamente intensificados contra su infraestructura civil desde el otoño de 2022 ya sirven a este objetivo.

Bombardeos zonales como los de Siria serían un paso más. Además, Moscú advierte de una escalada de la guerra más allá de las fronteras de Ucrania y amenaza así a los miembros de la UE y la OTAN. De este modo, el Kremlin quiere socavar su apoyo político, económico, financiero y militar a Ucrania.

Mientras que el uso de armas nucleares es bastante improbable debido [a los elevados costes derivados](#), las posibilidades de una escalada híbrida son mayores. Los ciberataques, el engaño de identidades falsas ("ataques de falsa bandera") y el aumento de los esfuerzos de

subversión podrían ser elementos básicos en este sentido.

Además, existen incentivos para que Rusia alimente deliberadamente conflictos con potencial de propagación a países de la UE, por ejemplo en [Bosnia](#)-Herzegovina, [Libia](#), [Siria](#) o [Mali](#). Aunque actualmente el Kremlin está más orientado hacia el *statu quo* en los conflictos internacionales, echar deliberadamente aceite al fuego de conflictos latentes o manifiestos no suele requerir un compromiso militar de gran envergadura.

Ante esta situación, es importante para la política alemana y europea, en primer lugar, reforzar la capacidad de resistencia frente a las amenazas híbridas rusas e invertir en capacidades de reaseguro militar y disuasión creíble. En este contexto, también es importante comunicar claramente a Moscú los costes de las amenazas de escalada nuclear.

En segundo lugar, la UE y sus Estados miembros deben orientar a largo plazo su apoyo económico, financiero y, junto con la OTAN, militar a Ucrania. Dado que los dirigentes rusos se aferran a sus objetivos máximos respecto a Ucrania, es de temer una guerra de desgaste prolongada. Las fases de guerra intensiva pueden alternarse con fases de intensidad reducida, por ejemplo cuando las fuerzas armadas rusas necesitan un descanso para reagruparse o consolidar su ocupación.

Por lo tanto, la ayuda para mantener las funciones del Estado es tan esencial para Ucrania como la seguridad fiable y el compromiso militar. Para ello, debería entablarse un diálogo serio sobre la forma de las posibles garantías de seguridad para Ucrania. También es urgente la entrega de más sistemas y equipos de armamento, así como programas de formación militar.

Dado que el Kremlin se ve de todos modos en guerra contra el "Occidente colectivo", el alcance y la calidad de las entregas de armas deberían orientarse menos a las amenazas de Moscú de tomar contramedidas y más a las necesidades de las fuerzas armadas ucranianas en sus esfuerzos por repeler la agresión militar rusa. En última instancia, Ucrania determinará si la militarización de la política exterior rusa se refuerza o se rompe.